

# ILUSTRACIÓN Y RELIGIÓN. Observaciones a Juan Arana

Jacinto Choza. Universidad de Sevilla

**Resumen:** 1.- La salvación de Dios. 2.- Bendita sea por siempre la diagonal del cuadrado. 3.- Es muy fácil refutar a Platón cuando no se sabe geometría. 4.- Todos los hombres desean por naturaleza mandar. 5.- Las tinieblas exteriores y el animismo de la filología. 6.- Hermano fotón, hermano sujeto trascendental.

**Summary:** Enlightenment and Religion. Remarks to Juan Arana. 1.-God's salvation. 2.- Blessed be forever the diagonal of the square. 3.- It is very much easy to refute Plato if you don't know geometry. 4.- All men wish by nature to command. 5.- The outer darkness and the animism of philology. 6.- Brother photon, brother transcendental subject.

## *1.- La salvación de Dios.*

El profesor Juan Arana, experto como pocos en el tema de la relación entre ciencia y filosofía en el siglo XVIII, ha preparado un estudio delicioso sobre las posiciones intelectuales de d'Alembert, Maupertuis y Euler con respecto al problema de la compatibilidad entre la razón y la fe. El estudio sirve de marco a varias de sus traducciones, en concreto, a la de las *Aclaraciones al «Ensayo sobre los elementos de filosofía»* de d'Alembert, a la del *Examen filosófico de la prueba de la existencia de Dios* escrito por Maupertuis en 1758, y a la del opúsculo de Leonhard Euler *Defensa de la Revelación divina contra las objeciones del librepensador*, de 1747.

El estudio en cuestión sitúa las piezas en el contexto de la vida íntima de cada uno de los autores, de sus relaciones con familiares, amigos y conocidos, autoridades políticas y religiosas, editores, colegas y enemigos, de manera que resulta visible, junto a la teoría de cada autor, su vida personal y la mayor o menor congruencia entre ambas. Y no sólo

eso, también lo que amigos y enemigos, fervorosos discípulos y detractores pertinaces, le podían echar en cara al respecto a cada pensador.

Uno se siente como un personaje más o como un testigo de excepción en el entramado de los compromisos y confidencias de Voltaire, Federico II, Condorcet, Diderot, los tres protagonistas mencionados, sus párrocos, sus angustias, sus acreedores, sus amantes, sus teorías y sus mecenas. Todo ello gracias a un saber hacer histórico, filosófico y literario que ya es maestría.

El siglo XVIII es el gran siglo de la teodicea. La mayoría de los sabios están muy preocupados por suministrar una imagen de Dios y de sus actividades que resulte aceptable, porque una inaceptable sería propio de un ser humano, y probablemente también de un ser divino.

En el comienzo del libro I de su *Política*, Aristóteles cuenta que los hombres primitivos, agrupados en tribus dispersas y gobernados por un rey, atribúan también a los dioses una organización análoga. «Dicen todos los hombres que los dioses se gobiernan monárquicamente, porque así se gobernaban también ellos al principio, y aun ahora algunos (dicen eso mismo) asemejando la forma de vida y la figura de los dioses a la que ellos tienen»<sup>1</sup>

Atribuir a Dios las características de lo que para los hombres resulta máximamente familiar y venerable es un rasgo de antropomorfismo en el que Aristóteles, como persona cultivada y advertida por Herodoto<sup>2</sup>, procura no incurrir. Se toma el trabajo de escribir el libro XII de la metafísica para probar que Dios tiene que ser un pensador, más aun, el pensamiento que se piensa eternamente a sí mismo. Separado, eterno, impasible. Una imagen humanamente aceptable.

---

<sup>1</sup> Aristóteles, *Política*, I, 2, 1252b 24-28. Trad. de J. Marías y M. Araujo, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1970.

<sup>2</sup> Herodoto, en el s. V a C. realiza informes etnográficos de muy diferentes culturas, y señala que algunos pueblos africanos representan a sus dioses con tez negra. Además, se toma el trabajo de establecer el canon de la equivalencia de los dioses, o sea, lo que en Roma se llamó *interpretatio Romana*, en la que se indica la coincidencia de los dioses en la función que les es atribuida, aunque el nombre con el que se les invoca varíe de un pueblo a otro. Cfr. M.T. Hodgen, *Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1971, cap. 1, «The Classical Heritage», pp. 17-48. Hay varias ediciones en español de *Los nueve libros de la Historia* de Herodoto.

En esto, Aristóteles provenía de una buena escuela. Platón había dejado ya muy claro que «se debe representar siempre al dios tal cual es»<sup>3</sup>, y que resulta completamente inaceptable considerarlo como «capaz de manifestarse de industria cada vez con una forma distinta, ora cambiando él mismo y modificando su apariencia para transformarse de mil modos diversos, ora engañándonos y haciéndonos ver en él tal o cual cosa»; por eso hay que concebirlo «como un ser simple, más que ninguno incapaz de abandonar la forma que le es propia»; hay que concebirlo dotado de la perfección máxima, es decir, como las nociones geométricas<sup>4</sup>.

Platón, al igual que Pitágoras, sabía que lo que más acerca al hombre a Dios era la contemplación de las verdades eternas, o sea geométricas, porque por ahí se llega a la esencia divina. Y si eso es lo máximamente divino, es también lo más digno en lo que le cabe al hombre ocuparse, lo que más le acerca a la divinidad, lo que más le dignifica, y, consiguientemente, también lo que le hace más humano.

Cicerón, que por otra parte marca bien su propia distancia con respecto a la escuela de Atenas, recoge en boca de su admirado Escipión esa misma tesis:

«Me parece muy acertado aquello que dijo Platón, o quien fuera, de aquel que, al ser arrojado por una tempestad en el mar, a la costa desierta de unas tierras desconocidas, y temer sus compañeros por el desconocimiento del lugar, dicen que vio dibujadas en la arena unas figuras geométricas, y, al mirarlas, exhortó a aquellos para que tuviesen confianza, puesto que había vestigios humanos, lo que no dedujo del cultivo del campo que él podía ver, sino de los indicios de ciencia. Por lo cual, siempre me gustó la ciencia, y los hombres cultos y estos estudios»<sup>5</sup>.

Esta línea de pensamiento es acogida también en la tradición cristiana. San Agustín, para avalar su interpretación del milenarismo, sostiene que el número mil puede muy bien significar la totalidad del tiempo:

---

<sup>3</sup> Platon, *República*, 379 a. Trad. de José Manuel Pavón y Manuel Fernández Galiano, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1969. Vol. I, p. 95.

<sup>4</sup> Platon, *República*, 380 d-e.

<sup>5</sup> Cicerón, *Sobre la República*, libro I, 14, 29. Trad. de Alvaro d'Ors, Gredos, Madrid, 1984, pp. 56-57.

«La otra modalidad, -la más probable- de interpretar los mil años sería el tomar esta cifra por los años totales de este mundo, citando con un número perfecto la plenitud del tiempo. En efecto, el número mil equivale al cubo de diez. Diez por diez dan cien, es una figura cuadrada, pero simplemente plana. Para darle altura y hacerla cúbica, hay que volverlo a multiplicar por diez y resultan los mil. Si hay veces que se utiliza el número cien por totalidad (por ejemplo, aquel pasaje en que el Señor, a quien lo deja todo y le sigue, le dice: *Recibirá en este mundo el céntuplo...*) ¿cuánto más el número mil puede significar la totalidad, siendo así que es la tercera dimensión del cuadrado de diez?»<sup>6</sup>.

## 2.- *Bendita sea por siempre la diagonal del cuadrado.*

Para ejemplificar hasta qué punto era intenso el amor a las ciencias en el siglo XVIII, Juan Arana recoge el siguiente episodio de un ilustrado francés: «Cuando estaba moribundo y le decían en vano las cosas más tiernas, llegó el señor de Maupertuis y puso empeño en hacerle hablar: 'Señor Lagny, ¿el cuadrado de doce?' 'Ciento cuarenta y cuatro' respondió el enfermo con voz débil, y ya no dijo una palabra más»<sup>7</sup>.

La geometría parece haber levantado las inspiraciones más sublimes y las convicciones más fervientes en los corazones humanos, y no solamente en los franceses del siglo XVIII.

Quizá ser francés lleva consigo una aptitud natural para el fervor por la geometría. San Bernardo de Claraval, se apoya en la matemática para indagar en algunos misterios del cristianismo. Así lo hace, para explicar el texto de *Apocalipsis* (XII, 1), «apareció una mujer vestida de sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas»:

«Sobre la capacidad del hombre es dar idea de esta corona y explicar su composición. Con todo eso, nosotros, según nuestra cortedad, absteniéndonos del peligroso examen de los secretos, podremos acaso sin inconveniente entender en estas doce estrellas

<sup>6</sup> San Agustín, *La ciudad de Dios*, libro XX, 7,2. Trad. de Santos Santamarta y Miguel Fuertes, BAC, Madrid, 3ª ed. vol II, 1978, p. 655.

<sup>7</sup> Tomado de P. Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Revista de Occidente, Madrid, 1946, p. 127.

doce prerrogativas de gracias con que María singularmente está adornada. Porque se encuentran en María prerrogativas del cielo, prerrogativas del cuerpo y prerrogativas del corazón; y si este ternario se multiplica por cuatro, tenemos quizá las doce estrellas con que la real diadema de María resplandece sobre todos». El resplandor se da en cuatro niveles: 1) en su generación, 2) en la salutación del ángel, 3) en la venida del Espíritu Santo sobre ella, y 4) en la concepción del Hijo de Dios. A cada nivel corresponde un soberano honor; al 1) el de la prístina virginidad, al 2) el de la fecundación sin corrupción, al 3) el de la gestación sin opresión y al 4) el del alumbramiento sin dolor»<sup>8</sup>.

El mismo autor, en uno de sus *Sermones de Navidad*, representa a la Virgen María con la perfección de un diamante de cien caras en relaciones binarias o ternarias, que se corresponden con la relación formulable entre las virtudes de la humildad/caridad, modestia/gozo espiritual, fe/sabiduría, etc. Se trata de un tipo de análisis practicado también en Francia en otras ocasiones.

Claude Lévi-Strauss, un autor más cercano a nosotros en el tiempo, y quizá más conocido por los filósofos que el Doctor Melfluo, trabaja en una línea afín a la de su compatriota medieval:

«Las estructuras dualistas indonesias (y sea cual sea el aspecto, diametral o simétrico, que revistan) parecen coexistir con estructuras formadas por un número impar de elementos: 3 el más frecuente, pero también 5, 7 y 9. ¿Qué relaciones unen a esos tipos, en apariencia irreductibles? El problema se plantea sobre todo a propósito de las reglas matrimoniales, porque existe incompatibilidad entre el matrimonio bilateral, que acompaña normalmente a los sistemas de mitades exogámicas, y el matrimonio unilateral, cuya frecuencia en Indonesia se ha visto confirmada reiteradamente (...) En efecto, la distinción entre los dos primos cruzados -hija de la hermana del padre e hija del hermano de la madre- implica un mínimo de tres grupos diferenciados, y es radicalmente imposible con dos grupos. En Amboine, sin embargo, parecen haber

---

<sup>8</sup> San Bernardo de Claraval, *La Virgen Madre*, Rialp, Madrid, 2ª ed. 1987, pp. 203-204.

existido mitades conjugadas con un sistema de intercambios asimétricos: en Java, en Bali y en otras partes, se hallan vestigios de oposiciones de tipo dualista asociadas a otras que ponen en juego 5, 7 ó 9 categorías. Ahora bien, si resulta imposible remitir las segundas a las primeras concebidas en términos de estructura diametral, el problema comporta una solución teórica a condición de pensar el dualismo bajo una forma concéntrica, puesto que el término suplementario se encuentra entonces ubicado en el centro, mientras que los otros se hallan dispuestos simétricamente en la periferia. Como lo ha notado muy bien el profesor J.P.B. de Josselin de Jong, todo sistema impar puede ser reducido a un sistema par si se lo trata bajo la forma de 'una oposición del centro con los costados adyacentes'<sup>9</sup>.

Con todo, no hay que reducir a ese territorio europeo ni a ese periodo histórico, la capacidad matemática. Juan Arana glosa el opúsculo del británico John Craige, *Principios matemáticos de Teología Cristiana*, de 1699, que contiene en la proposición 35 el teorema 14, a saber: «el verdadero valor de la expectativa de obtener el placer P prometido por Cristo es infinitamente mayor que el verdadero valor de la expectativa de obtener el placer p de nuestra vida presente».

Es probable que con determinadas dotes naturales, o con una adecuada preparación matemática, se pueda realizar una lectura de la *Apolo-gía de Sócrates* y del *Fedón* en la que se advierta que realmente Sócrates ha percibido de algún modo, aunque no fuera claro y distinto, la relación entre el cubo de 3, más el de 4, más el de 5, como cifra de la constitución del hombre, el producto de 2 por 3 como cifra nupcial, y la suma de los cubos de los catetos y la hipotenusa del triángulo pitagórico, como cifra de la divinidad<sup>10</sup>, y concluir que percibir eso es lo que le infunde el valor para afrontar la muerte con la seguridad del descanso y gozo eterno para su alma.

---

<sup>9</sup> Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, trad. de Eliseo Verón, Eudeba, Buenos Aires, 1968, p. 127.

<sup>10</sup> La explicación de la relación entre esas cifras, que significan los días necesarios para la generación del feto humano, las nupcias y el triángulo pitagórico, la expone Platón en *República*, VIII,3, 546 a-d.

Morir por y para las verdades eternas no es lo mismo que morir por y para nada.

En el siglo XVIII las verdades eternas no sólo se formulan según la geometría euclídea, sino también según la mecánica newtoniana.

El problema que esto plantea da lugar a actitudes de un tipo en pensadores radicales como d'Alembert o Voltaire, por una parte, y de otro tipo en un rey con experiencia de gobierno y mando en plaza como Federico II, por otra. Entre otros muchos documentos, Juan Arana cita una carta del monarca prusiano a d'Alembert, fechada el 8 de enero de 1770:

«Lo que acabo de decir plantea la cuestión de si es posible que el pueblo se las arregle sin fábulas en un sistema religioso. No lo creo, a causa de que estos animales que la escuela se ha dignado llamar racionales tienen poca razón. En efecto, ¿qué son algunos profesores ilustrados, algunos académicos sensatos, en comparación con el pueblo inmenso que forma un gran Estado? La voz de estos preceptores del género humano está poco extendida, y no se extiende fuera de una esfera angosta ¿Cómo vencer tantos prejuicios asimilados con la leche de la nodriza? ¿Cómo luchar contra la costumbre, que es la razón de los necios, y cómo erradicar del corazón de los hombres un germen de superstición que la naturaleza ha puesto ahí, y que alimenta el sentimiento de su propia debilidad? Todo esto me hace creer que nada hay que ganar en esta especie de bípedo implume, que probablemente siempre será juguete de los bribones que quieran engañarle».

Efectivamente el pueblo es numeroso, y muy inculto. Por eso no escribe para referir las dificultades y problemas que, por su parte, encuentra en sus relaciones con las personas instruidas. No obstante, es posible aducir algunos testimonios.

Bajo el pseudónimo de capitán Lemuel Gulliver, se describen, en un relato de 1726, algunos detalles relevantes sobre la vida y las costumbres en Laputa, nombre con el que el autor designa uno de los territorios que visita, y que en inglés (lengua en que está escrito el informe) no tiene connotaciones escabrosas.

«Parece ser que la mente de esta gente se sumerge en tan intensas especulaciones, que no pueden hablar ni prestar atención a lo que

otros hablan a menos que se los despabile con algún toque externo sobre los órganos del habla y del oído; por tal razón, quienes pueden permitirse tal lujo tienen un *sacudidor* (en su lengua *climenole*) en la familia, como otro miembro más de la servidumbre, y nunca salen de casa o van de visita sin él. Y la tarea de éste es, cuando dos o más personas están reunidas, sacudir con la vejiga la boca del que va a hablar y la oreja derecha de aquel o aquellos a quienes se dirige el que habla. Este *sacudidor* tiene también la misión de acompañar celosamente a su amo en sus paseos y, cuando la ocasión se presenta, sacudirle suavemente en los ojos, pues va siempre tan absorto en sus meditaciones que se pone en evidente peligro de caer por cada precipicio y de pegar con la cabeza en cada poste»

El autor del relato cuenta que, como muestra de cortesía, le asignaron un «sacudidor» para él: «hice señas como pude de que no tenía ninguna necesidad de tal instrumento, lo cual, según averigüé después, produjo en Su Majestad y en la Corte entera una impresión muy pobre de mi inteligencia».

La narración continúa señalando que

«...esta gente está sometida a continuos desasosiegos (...) Sus aprensiones nacen de los diferentes cambios que ellos temen, con verdadero horror, en los cuerpos celestes. Por ejemplo, que andando el tiempo la tierra, por los continuos acercamientos del sol hacia ella, acabará siendo absorbida o engullida (...).

Tan constante es la inquietud que les produce el miedo a estos y similares peligros inminentes, que no pueden ni dormir tranquilamente en sus lechos ni sentir ninguna afición por los comunes placeres y diversiones de la vida. Cuando se encuentran con algún conocido por la mañana, la primera pregunta es sobre la salud del sol, qué aspecto tenía al ponerse y al levantarse, y qué esperanzas tienen ellos de evitar el golpe del cometa que se acerca».

El viajero observa que «las mujeres de esta isla son muy vivaces; desdeñan a sus maridos y son sumamente aficionadas a los forasteros», y

continúa refiriendo otros pormenores domésticos de la vida en aquellos parajes<sup>11</sup>.

El punto de vista de los hombres vulgares está tan troquelado por la superstición que la única manera en que pueden explicarse el interés de los sabios por los astros es suponer que los consideran semejantes a las personas, capaces de pasar la noche bien y mal, capaces de sufrir y de alegrarse. Pero a su vez, esta contumacia de los incultos puede producir el desaliento en los espíritus bienintencionados y comprensivos como el de Federico II, y más aún en los no tan comprensivos como el de d'Alembert.

Como si se tratara de dos actitudes de la mente incompatibles entre sí, o divergentes hasta tal punto que ni pudiesen entrar en diálogo. Como si los científicos y las personas cultivadas tuvieran una tendencia insuperable a considerar que el valor supremo es ser inteligible, y las demás una tendencia de igual fuerza a considerar que el valor supremo es ser inteligente o ser viviente.

### 3.- *Es muy fácil refutar a Platón cuando no se sabe geometría.*

La diferencia entre ser inteligible y ser inteligente, y la cuestión de la prioridad de un valor sobre el otro, parece ser uno de los motivos que llevó a Aristóteles a criticar a su maestro Platón.

Aristóteles rechaza las ideas platónicas porque le parece que no hacen nada, que, como los números, no ejercen ninguna actividad: ni la de entender, ni la de vitalizar, ni la de mover ni atraer cuerpos físicos hacia ninguna parte<sup>12</sup>.

Ante una observación de este tipo, Juan Arana respondió: *Es que es muy fácil refutar a Platón cuando no se sabe geometría. Y eso es lo que le pasaba a Aristóteles.* Naturalmente esto iba dicho en un tono colo-

---

<sup>11</sup> Jonathan Swift, *Viajes a varias remotas naciones de la tierra (en cuatro partes)*. Por Lemuel Gulliver, primero oficial médico, y luego capitán de varios barcos, trad. de Pollux Hernández, Anaya, Madrid, 4ª ed. 1987; Parte III, cap.2, pp. 172, 174, 178-179.

<sup>12</sup> El texto más frecuentemente citado a este respecto es el siguiente: «Pero lo que con más perplejidad se preguntaría uno es qué aportan las Especies a los entes sensibles, tanto a los eternos como a los que se generan y corrompen; pues no causan en ellos ni movimiento ni cambio alguno». Aristóteles, *Metafísica*, I,9, 991a 9-12. Trad. de V. García Yebra, Gredos, Madrid, 2ª ed. 1987, p. 68.

quial y amistoso, el propio de un seminario de profesores en la Facultad de Filosofía de Sevilla.

En ese mismo tono, y en ese contexto, es en el que declaré que, tras observar varios casos, había llegado a pensar que, más aún que la geometría, la mecánica clásica crea dependencia. Este enunciado es una provocación cuya gravedad excede los límites máximos de lo que puede tolerar una mente científica, y quizá una mente humana. Pero eso no significa necesariamente que sea falso.

La perfección de la mecánica clásica es tal que ninguna mente que la haya contemplado una vez aceptará en adelante nada menos radiante, menos completo, menos redondo, en fin, menos divino. Quizá podría caracterizarse la mente científica como aquella a la que la geometría y la mecánica no le inspiran sentimientos suficientemente devotos.

El celo de Federico y d'Alembert por la educación de las gentes es comparable a la *sollicitudo omnium ecclesiarum* (la preocupación por todas las iglesias) que enardecía el corazón de San Pablo. Tanto más cuanto que la correspondencia del prusiano con el francés podría recogerse en un volumen titulado «El verdadero cristianismo» o *De vera religione*, en el que queda claro y patente que Cristo en realidad profesaba la religión natural que ellos estaban predicando.

Arana recoge este pasaje de d'Alembert a Federico II:

«Me parece evidente, como a V.M., que el cristianismo en su origen no era más que un puro deísmo; que Jesucristo, su autor, no era más que una especie de filósofo, enemigo de la persecución y de los sacerdotes, predicando a los hombres la caridad y la justicia, y reduciendo la ley a amar al prójimo, y a adorar a Dios en espíritu y en verdad. Tal era el primer estadio de esta religión. Primero es San Pablo, a continuación los padres de la Iglesia, en fin los concilios, desgraciadamente apoyados por los soberanos, los que han cambiado esta religión. Pienso por tanto que se prestaría un gran servicio al género humano reduciendo el cristianismo a su estado primitivo, limitándolo a predicar a los pueblos un Dios remunerador y vengador, que reprueba la superstición, que detesta la intolerancia, y que no exige otro culto por parte de los hombres que el de amarse y soportarse unos a otros. Una vez que se hubiera inculcado bien estas verdades al pueblo, no se necesitaría, creo, mucho esfuerzo para hacerle olvidar los dogmas que le han acunado, y que sólo ha acogido con una especie de avidez

porque nada mejor lo ha sustituido. El pueblo es sin duda un animal imbécil que se deja conducir a las tinieblas cuando no se le presenta nada mejor; pero ofrezcédle la verdad: si esta verdad es simple, y, sobre todo, si va directa a su corazón, como la religión que propongo predicarle, no querrá otra. Desgraciadamente, todavía estamos bien lejos de esa feliz revolución de los espíritus».

La revolución que Arana señala como más próxima a esa carta de fecha 30.11.1770 es la que tuvo su epicentro en París en 1789, y que llegó a instaurar el culto a la razón en la catedral de Nôtre Dame.

Pero también es posible que la revolución que d'Alembert describe no sea esa, sino otra. Se trata de una revolución que supere la diferencia entre los incultos, es decir, los que creen que Dios hace milagros porque es muy poderoso, y los cultos, es decir, los que creen que Dios hace relojes porque es un gran matemático, mecánico, óptico y químico. Mejor dicho, no es que sea *un* buen óptico o *un* buen mecánico, es que es la mecánica misma y la luz en sí misma y en sus leyes.

Dios ha de ser la perfección máxima, tan perfecto como la naturaleza misma. Por eso, hay que pensar que «de la suma potencia de Dios, o sea, de su infinita naturaleza, han dimanado necesariamente, o sea, se siguen siempre con la misma necesidad, infinitas cosas de infinitos modos, esto es, todas las cosas; del mismo modo que de la naturaleza del triángulo se sigue, desde la eternidad y para la eternidad, que sus tres ángulos valen dos rectos»<sup>13</sup>.

Con todo, quizá esa revolución sí se ha producido, aunque no como la imaginaba d'Alembert, sino como la presentía Nietzsche llamándole «nihilismo europeo», o como la percibía Weber dándole el nombre de «desencantamiento del mundo», es decir, como un proceso de creciente racionalización y burocratización.

Se mantiene constante el programa de evitar todo antropomorfismo, toda intromisión de los prejuicios humanos en la concepción de la divinidad, de modo que al final se logra una imagen suficientemente obje-

---

<sup>13</sup> Cfr. B. Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Parte primera, proposición XVII, escolio. Trad. de Vidal Peña, Editora Nacional, Madrid, 1980, p. 71.

tiva de Dios, en la que Dios llega a ser la objetividad misma, es decir, un objeto. Pasa a ser una función del universo, un funcionario.

Pero el tipo de proceso revolucionario al que alude Weber no empieza con d'Alembert. En efecto, en la antigüedad greco-romana pueden encontrarse descripciones de algo bastante similar.

«Recuerdo que, siendo yo todavía muy joven, cuando mi padre estaba en Macedonia como consul y nos hallábamos en el campamento, quedó turbado nuestro ejército por un terror supersticioso, al ver que, en una noche serena, de repente, se produjo un eclipse en una luna llena y luminosa. Entonces él, que había sido nuestro legado casi un año antes de ser nombrado consul, no dudó, al día siguiente, en explicar a todo el campamento que no había prodigio alguno, y que lo ocurrido había de repetirse siempre en periodos determinados, cada vez que el sol quedara colocado de forma que no pudiera llegar su luz a la luna. (...)

Algo por el estilo se dice que explicó también a sus conciudadanos el gran Pericles (...) Pericles se lo había oído explicar a Anaxágoras, cuyas lecciones había seguido él (...) Y el hábil cálculo de esta ciencia llega al extremo de que, a partir de ese día que vemos consignado en Ennio y en los Anales máximos, se pudieron fijar los anteriores eclipses de sol, hasta el eclipse famoso del siete de julio bajo el reinado de Rómulo, tinieblas en las que se dice que, aunque Rómulo fue arrebatado de la vida por la naturaleza, fue sin embargo llevado al cielo por su valor»<sup>14</sup>.

Lo que los hombres ignoran es misterioso y divino, pertenece al saber y al poder de Dios, hasta el momento en que los hombres lo averiguan. A partir de ese momento considerar divino algo que los hombres saben pasa a ser una superstición.

Según el cuadro de incompatibilidades, lo que los hombres han llegado a saber, tiene que dejar de saberlo Dios, o bien si lo sabe, tiene que saberlo y hacerlo con arreglo al saber de los hombres.

Si lo sabe de otra manera, desde el punto de vista de los hombres es como si no lo supiera, o a los hombres les da lo mismo, porque evidentemente lo que Dios no puede es hacer las cosas de una manera diferente a como ellos han averiguado que son y se comportan. Y si lo sabe y lo hace según las leyes que los hombres van averiguando, Dios cada vez

---

<sup>14</sup> Cicerón, *Sobre la República*, Libro I, 15,23 a 16,25. Trad. de Alvaro d'Ors, Gredos, Madrid, 1984, pp. 52-54. Los acontecimientos que se mencionan son referidos por Escipión.

va quedando con menos misterio, cada vez menos divino, más insustancial. Conforme se desarrolla el proceso, la revolución, no le queda ninguna sustancia. Así, *no es fácil ser Dios*<sup>15</sup>, porque no es fácil ser cada vez más inútil y prescindible.

El profesor Arana recoge unas propuestas presentadas por d'Alembert, Maupertuis y Euler en las que cada uno procura no ponérselo a Dios tan difícil. El que aparece como menos tolerante es d'Alembert, y Euler como el más comprensivo, aunque, por supuesto, el enciclopedista también concede a la divinidad un escaño de librepensador, como se ve claro en su correspondencia con el monarca prusiano .

La existencia de Dios es completamente inútil, a menos que, como decía Nietzsche, quiera algo. Pero ¿quién habla de querer? Hasta ahora no se estaba tratando de eso, sino de entender, de racionalidad y de objetividad, porque lo que todos los hombres desean por naturaleza es saber, como reza el primer párrafo de la *Metafísica* de Aristóteles. Y Dios es la realización perfecta de esa aspiración.

#### 4.- Todos los hombres desean por naturaleza mandar.

Las cosas aparecen de otra manera si la fórmula aristotélica se altera en unos términos, impropios ciertamente de un griego, pero que resultan bastante propios de un romano. En concreto, Cicerón la propone así: «Todos los hombres desean por naturaleza mandar».

Cabe señalar que en griego *ser principio de conocimiento, principio de tiempo, principio lógico, ser jefe y mandar*<sup>4</sup>, se dice todo con la misma palabra: «archein»<sup>16</sup>. Pero los filósofos, desde Tales de Mileto a Aristóteles, sabían que dedicarse a la filosofía era una cosa distinta de dedicarse al gobierno de la ciudad, aunque quizá para ellos no había tanta distancia entre ambas actividades como la hay para nuestra mentalidad.

---

<sup>15</sup> *No es fácil ser Dios*, título de una de las canciones del Long Play del conjunto musical «Un pingüino en mi ascensor», editado en España en 1987. Aparece juntamente con los títulos: *Revolución en el lamasterio*, *Mata a un jubilado*, *El algodón no engaña*, *Atrapado en el ascensor*, y otros.

<sup>16</sup> Liddell & Scott, *Greek-English Lexicon*, Ed. intermedia, Oxford University Press, Oxford, 1991, p. 122.

Es posible que para muchos occidentales la experiencia de que *todos los hombres desean mandar* resulte más familiar que la de que *todos los hombres desean por naturaleza saber*. No obstante, afirmarlo así parece un poco escandaloso o cínico, y si se hace de esa fórmula una categoría para aplicarla a Dios e intentar decir algo sobre su modo de ser y de actuar, el intento puede parecer herético o blasfemo. Porque el querer mandar tiene la vitola de lo poco fiable, de lo que está fuera del propio radio de acción, incluso de lo que es tenebroso.

Cicerón no sostiene textualmente que *todos los hombres desean por naturaleza mandar*. Lo dice de otra manera.

Primero dice que es más estimable el gobernante que el filósofo: «El ciudadano que es capaz de imponer a todos los demás, con el poder y la coacción de las leyes, lo que los filósofos, con su palabra, difícilmente pueden inculcar a unos pocos, debe ser más estimado que los mismos maestros que enseñan tales cosas»<sup>17</sup>.

Y después afirma que el hacer dichoso a todo *el género humano* es el fin propio de la actividad del gobernante y es el deseo más intenso que la naturaleza ha puesto en el hombre.

«El género humano tiene por naturaleza tanto instinto de fortaleza, y recibió tan gran apetencia de defender el bien común, que esta virtud (del valor) ha superado siempre todos los halagos del ocio gustoso»<sup>18</sup>.

Por eso hace una apología de su conducta y exhorta a los demás a imitarla: «Como lo que más atrae es contribuir al aumento de los recursos del género humano, y nos afanamos por asegurar y enriquecer la vida de los hombres con nuestros consejos y nuestro esfuerzo, y nos vemos estimulados a ese placer por la misma naturaleza, observemos la conducta que fue siempre la de los mejores, y no atendamos a las señales que tocan a retirada y harían retroceder a los que se hallan ya en vanguardia»<sup>19</sup>.

Todos los hombres desean por naturaleza mandar significa «todos los hombres desean por naturaleza hacer felices a los demás», lo que no

<sup>17</sup> Cicerón, *Sobre la República*, ed. cit. p. 37.

<sup>18</sup> Cicerón, *Sobre la República*, cit. p. 36.

<sup>19</sup> Cicerón, *Sobre la República*, cit. p. 38.

puede lograrse de otra manera que a través del poder. Es manifiesto que se trata del mando ejercido por uno mismo, o al menos por el propio grupo, pues en otro caso la felicidad de los demás no sería tan completa, o no estaría tan bien garantizada, y tampoco lo estaría la propia.

«¿Quién podría aprobar la afirmación de que el sabio no debe tomar parte alguna en la política, salvo que le obligue a ello el apremio del momento? ¿Acaso puede verse alguien apremiado por mayor necesidad que la que tuvimos nosotros, en la que nada hubiera podido hacer de no ser yo cónsul en aquel momento? Pero ¿cómo hubiera podido yo ser cónsul si no hubiera seguido desde mi juventud la carrera por la que, aun habiendo nacido como simple caballero, llegué a alcanzar la máxima magistratura? En efecto, no se puede tener la potestad de salvar a la república en cualquier momento o cuando se quiere, aunque se vea aquella amenazada, a no ser que se halle uno en posición de poder conseguirlo»<sup>20</sup>.

El ejercicio del poder es un enfrentamiento con el caos de la misma envergadura al menos que el ejercicio del conocimiento, y frecuentemente tiene como objetivo, más que la salvación de Dios, la salvación de los hombres o, lo que para algunos es equivalente, de la república, la patria, la democracia.

Los sabios antiguos discrepaban sobre si eso podía ser una ocupación digna de Dios, y los modernos tendían más bien a excluir esa posibilidad. Pero Cicerón cuenta que en el sueño que Escipión tuvo (y el valor del sueño en la antigüedad es frecuentemente el de una revelación divina), fué recibido y agasajado en la vida eterna con los máximos honores, los que corresponden a quienes realizan las hazañas políticas supremas, que son constituir y mantener repúblicas justas y prósperas<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> Cicerón, *Sobre la República*, cit. pp. 41-42.

<sup>21</sup> Entre esas hazañas se cuentan la destrucción de Cartago y Numancia, la construcción del faro de Chipiona (*Turris Scipionis*), y otras muchas. El *Sueño de Escipión*, fragmento del libro VI del tratado ciceroniano, que ha llegado hasta nosotros gracias a una copia de Macrobio, es el más famoso texto de la antigüedad donde se proclama la supremacía de la acción práctica sobre el saber teórico.

Lo otro que el cosmos es el caos; lo otro que la civilización el salvajismo. El caos deviene cosmos mediante el ordenamiento, el saber, la ciencia.

La elección de los espacios celestes para residencia de Dios fue inicialmente una estrategia acertada. El emplazamiento era luminoso, tranquilo y discreto. Pero iba resultando menos majestuoso a medida que iban apareciendo órbitas inexactas y cometas con trayectorias inesperadas, a medida que se producían campos gravitatorios, cambios bruscos de temperatura y graves alteraciones de la densidad. En fin, cosas que hicieron inevitable una reforma agraria del universo, la cual terminó de una vez con los campos inciertos y los límites lejanos, o sea, con los latifundios y, sobre todo, puso cada cosa en su sitio y ordenó el tráfico espacial determinando dónde y a qué hora tenía que llegar cada astro.

Dios no podía seguir manteniendo su residencia en un universo tan incómodo. Por otra parte, ninguno de los dos, ni Dios ni el universo, necesitaba para nada del otro, y a Dios no le quedó más remedio que emigrar a un territorio inexplorado y salvaje, a la superstición.

Eso son las tinieblas exteriores, lo que está fuera de lo racional, de lo ordenado, de lo funcional, de lo previsto. Lo que no ha sido redimido por la ciencia y no podrá serlo nunca, como lo sospechoso, lo ambiguo y lo misterioso, como la metáfora y la poesía.

### 5.- *Las tinieblas exteriores y el animismo de la filología.*

Ciertamente los tiempos de los verbos podían haber sido una residencia más segura que los espacios siderales. Hay algunos infinitivos francamente amplios, como *ser*, y, desde luego, algunos pronombres completamente inexpugnables, como *él*. Aunque, desde luego, no tienen una apariencia tan majestuosa.

El lenguaje no solamente es exterior al espíritu racional, sino incluso un poco hostil, y, por otra parte, permanece en sí mismo abierto a la exterioridad.

Relacionarse con otros es, entre otras cosas, aprender su lengua, y eso es ya una especie de alienación del espíritu propio. Porque es introducirse en una cultura extranjera, y, todavía más, porque aprender una lengua es someterse a una mecánica bastante ajena a cualquier espíritu.

Algunos autores lo consideran imprescindible para la sabiduría, y, en algunos casos, también para la ciencia. «Solo será culto quien se haya apropiado de lo otro *en su carácter de alteridad*. De esto se deduce que

también lo 'mecánico' del aprendizaje de una lengua que nos es ajena constituye algo más que un mal necesario. 'En efecto, lo mecánico es ajeno al espíritu, que tiene interés en ingerir el alimento indigesto que le ha llegado, es decir, en comprender y apropiarse lo que en él está desprovisto de vida'»<sup>22</sup>.

El lenguaje permanece en sí mismo abierto a la exterioridad porque tiene que ver con lo que quiere uno y con lo que quieren los demás. Aunque hablar es una actividad que puede ejercerse en solitario, como pensar o calcular, con frecuencia se tiende a ejercer entre varios. Entonces, hablar puede ser también un caos, especialmente si hablan muchos a la vez y en tonos de voz muy altos.

Una manera de civilizar semejante salvajismo es distribuir papeles entre una primera persona que habla (yo), una segunda persona que escucha (tú), y que pueden cambiar sus papeles alternativamente, y una tercera persona (él), que actualmente no habla y quizá tampoco escucha, pero que puede irrumpir e interrumpir el diálogo que ahora mantenemos «nosotros».

Nada de una primacía de lo inteligible o una primacía del inteligente. Nada de un pensamiento y un objeto. Una pluralidad de seres que se expresan.

En la filología siempre ha habido resabios de animismo que contrastan con la pureza objetiva de la ciencia. Hay que ponerse de acuerdo sobre quién habla y quién escucha primero, y quién después. Esto ya es demasiado protagonismo para la acción voluntaria. Demasiado margen para la arbitrariedad.

El lenguaje matemático, que, como todo el mundo sabe, es en el que está escrito el original del universo, es un lenguaje que habla solo y sin error, y, sobre todo, es universal. Basta entenderlo adecuadamente. Los lenguajes coloquiales, en cambio, son muchos, los usa demasiada gente, y la mayoría de ella bastante mal. Aparte de ser numerosos, la mayoría no se entienden. Además aparecen y se extinguen de forma completamente aleatoria.

Un lenguaje coloquial permite que una persona diga lo que piensa, lo que siente, y lo que quiere, si es que decide expresarse, o que permanezca en silencio si es eso lo que prefiere. Permite mantener la interiori-

---

<sup>22</sup> Karl Löwith, *De Hegel a Nietzsche*, Sudamericana, 2ª ed. 1974, p. 407. La cita de Hegel corresponde a los Discursos del Gimnasio de Nuremberg.

dad de cada uno en posesión suya. No la deja en la mesa de operaciones a merced de los forceps, la anestesia y el bisturí. No la coloca dimanando necesariamente de uno mismo, al modo en que de la naturaleza del triángulo se sigue que sus tres ángulos valen dos rectos.

Desde el punto de vista de la universalidad científica, esto es difícilmente llevadero. Desde el punto de vista del pudor personal, en cambio, para Dios tendría la ventaja de permitirle mostrar su interioridad según sus preferencias. Con todo, esta estrategia presenta serios inconvenientes.

Siguiendo la hipótesis de Nietzsche, Dios quería algo. Hizo algo y se lo contó a alguien en arameo. Pero nadie, ni en el siglo XVIII ni ahora, habla arameo. Esos relatos se tradujeron a otros idiomas, y encima se tradujeron mal. Muchas interpolaciones, interpretaciones de los traductores según sus limitadas visiones de las cosas, manipulaciones de los textos por parte de los concilios para favorecer a un soberano o a otro, concilios financiados por los emperadores para lograr sus propios intereses, tal y como d'Alémbert y Federico II exponen en su correspondencia.

Si Dios quería hacer felices a todos los hombres, salvar todas las repúblicas y salvar al género humano, debería haber elegido para ello un lenguaje más asequible, más universal y mucho más exacto, a saber, el lenguaje matemático, y no el arameo. El lenguaje de la ciencia es el que comprende mejor todo el mundo. Para asegurarlo, además, están los periodistas, que en griego se dice con los términos *ángeles*, *apóstolos*, y con otros no menos venerables.

En efecto, las lenguas coloquiales son demasiado vulnerables, demasiado contingentes, demasiado fácticas. Demasiada gente tiene acceso a ellas y expresa en ellas su voluntad, sus sueños y sus caprichos.

En muchas de esas lenguas no solamente hay primera, segunda y tercera persona de singular y de plural, masculino y femenino. Además de eso las acciones se expresan en verbos, pero según diferentes modos, que ya de por sí propician el error y la superstición. Existe el modo indicativo en que se indica o se enuncia la verdad, pero en el que también se expresa la persuasión y la seducción. Para dificultar más las cosas, existen el subjuntivo y el condicional, que son los modos de expresar el deseo, lo insinuante, lo quimérico. Y existe el modo imperativo, para expresión de la voluntad, la orden, el mandato, la violencia y el terror. Las lenguas coloquiales son en sí mismas subversivas. Sobre todo si además son de grupos minoritarios. Lenguaje coloquial es lo mismo que conspiración y oscurantismo. Justamente lo contrario de la ciencia, que se expone en un lenguaje

abierto al que todos tienen acceso, y en una comunidad libre de dominio, que, como todo el mundo sabe, son los departamentos universitarios, los congresos, las enciclopedias, las publicaciones científicas y las Academias de Ciencias.

No obstante, desde el siglo XVIII hasta ahora la ciencia ha rescatado en gran medida las lenguas coloquiales, y ha manifestado el ordenamiento intrínseco que había en ese primitivo caos. Ha digerido en su objetividad esas rarezas extranjeras.

El exceso de los modos verbales, con una gama tan variable de acciones, se puede resolver en una mecánica de estructuras a varios niveles, según correspondencias binarias y ternarias, de un modo similar a como se regula el parentesco, el matrimonio y el emplazamiento de las chozas en los poblados de Indonesia que anteriormente se mencionaron.

Por lo que se refiere a los pronombres personales, no hay por qué considerarlos como expresión de subjetividades, como puntos por los que las tinieblas exteriores irrumpen en el plano ordenado de la objetividad racional. Desde el punto de vista del análisis estructural pueden considerarse simplemente como propiedades del lenguaje, pues realmente aparecen así. «La subjetividad no es más que la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje»<sup>23</sup>.

Puestas así las cosas, los idiomas no solamente resultan una residencia desapacible para Dios. También para los hombres, que venían habitando en el lenguaje de un modo más o menos ruidoso y acomodaticio<sup>24</sup>, el emplazamiento de sus viviendas se torna inhóspito. Según el cuadro de incompatibilidades vigente, si los lenguajes coloquiales se regulan mediante la racionalidad objetiva, no pueden servir para ninguna expresión personal, ni divina ni humana.

Las cosas no se ponen difíciles solamente para Dios. Se ponen difíciles para las personas, cualquiera que sea su naturaleza. El cuadro de incompatibilidades tiene vigencia porque, para la objetividad racional, las

---

<sup>23</sup> E. Benveniste, *Problèmes de Linguistique générale*, Gallimard, París, vol. I, 1966, p. 262. Cit. por F. Tinland, *La différence anthropologique*, Aubier Montaigne, París, 1977, p. 396.

<sup>24</sup> M. Heidegger, en *El ser y el tiempo*, trad. de J. Gaos, F.C.E., México 5ª ed. 1974, dedica a este tema los párrafos 33 «La proposición, modo derivado de la interpretación», 34 «El ser ahí y el habla. El lenguaje», 35 «Las 'habladurías'», 36 «La avidez de novedades» y 37 «La ambigüedad».

personas resultan incómodas en la medida en que se trata del tipo de seres que con frecuencia quiere algo.

El caso de Dios resulta particularmente engorroso porque no se proclama una persona, sino tres. Todavía más, declara que lo que quiere es al hombre. Para colmo no quiere de un modo racional. Su querer no es ciencia (*sophía*), sino locura (*mortá*), lo que verdaderamente constituye una provocación (*skándalon*)<sup>25</sup>.

### 6.- *Hermano fotón, hermano sujeto trascendental.*

La objetividad científica tiene la ventaja de que es comprensible desde todos los puntos de vista. Lo único que hace falta es que todos esos puntos de vista estén integrados en el de la inteligencia en general, en el de la inteligencia que ha ido desarrollándose desde el despertar del espíritu griego, la inteligencia que ha crecido con el descubrimiento de la ciencia moderna y ha alcanzado su mayoría de edad con la edición de la Enciclopedia, la inteligencia que Kant denominó *sujeto trascendental* y que es el protagonista de la historia universal del género humano.

El sujeto trascendental dijo «hágase la luz» y los fotones desfilaron por el universo, ilustrando con su claridad matemática hasta las más recónditas esquinas, y proclamando los derechos humanos para todos los seres capaces de entenderse mediante el uso de las palabras.

Pero cuando la superstición parece completamente vencida y superada surgen individuos aislados, grupos marginales, minorías étnicas y poblaciones numerosas, que no se han enterado de nada; «puntos singulares» y «agujeros negros»<sup>26</sup> que se declaran en huelga y desafían abiertamente el código cósmico que tanto esfuerzo ha costado promulgar. A pesar de las legiones romanas, de los tercios de flandes y de la VI flota de la U.S. Navy.

Pretenden que tienen algo que decir, pero no en el lenguaje matemático, que sus derechos humanos les autorizan determinadas actividades

---

<sup>25</sup> J.M. Bover y J. O'Callaghan, *Nuevo Testamento Trilingüe*, BAC, Madrid, 1988, p. 877. El texto aludido corresponde a I Cor.1, 22-23.

<sup>26</sup> Cfr. Roger Penrose, *La nueva mente del emperador*, trad. de Javier García Sanz, Mondadori, Madrid, 2ª ed. 1991, cap.7,10, «La estructura de las singularidades del espacio-tiempo», pp. 420-425.

que no se habían previsto<sup>27</sup>. Sostienen puntos de vista que no se sabe cómo integrar en el sujeto trascendental, y cuentan su pasado remoto y próximo en relatos que no estaban incluidos en la historia universal del género humano.

La superstición ataca de nuevo y el animismo se toma su revancha. No solamente se acepta a Dios como un ser animado con voluntad y sentimientos, también al sol, a los animales, a las plantas, a los volcanes, a la noche, a las líneas de las manos, los triángulos y las circunferencias, a las estructuras con correspondencias binarias y ternarias y a los juegos de cartas. Carismas, inspiraciones, milenios, iglesias que aceptan la convención de Ginebra y sectas incontrolables que operan clandestinamente.

En semejante tesitura, también se le ponen difíciles las cosas a la mecánica clásica, al sujeto trascendental y a la historia del género humano. Pero la universal fraternidad franciscana, que en su día acogió amorosamente al sol y a la luna, junto con los beneméritos protagonistas de la cosmología clásica, la tierra, el aire, el agua y el fuego<sup>28</sup>, también puede procurarles a estos nuevos héroes caídos un alojamiento confortable en los franciscanos y sobrios anaqueles de algunas bibliotecas universitarias.

Dios, por su parte, parece más familiarizado con los progresos y las catástrofes, con los suntuosos edificios y las fugas clandestinas. Ha tenido imagen antropomórfica y zoomórfica, y le ha sido prohibido severamente; ha sido número perfecto, objeto inteligible, pensamiento inteligente, gobernador del cosmos, mendigo, matemático, físico, astrónomo, relojero. Ha sido librepensador, proletario y demócrata. Ha hecho mila-

---

<sup>27</sup> El diario «The New York Times» en su edición nacional del 16.8.92 (p. 17), recoge una propuesta de enmienda a la constitución del Estado de Oregón en la que se declara que la homosexualidad no es un «civil right», sino una aberración: «Los gobiernos estatal, regional o local, así como sus departamentos, agencias y otras entidades, sobre todo y específicamente el Departamento de Estado para la Educación Superior y las escuelas públicas, colaborarán en la fijación de una normativa para la juventud del Estado de Oregón, que reconozca que la homosexualidad, la pederastia, el sadismo y el masoquismo son hechos anormales, aberrantes, antinaturales y perversos, y que tales comportamientos han de ser reprobados y evitados». La propuesta fue rechazada en el referendium celebrado el 3 de noviembre de 1992.

<sup>28</sup> Cfr. San Francisco de Asís, *Cántico de las criaturas*, trad. de Hnos. Sebastián López y Celestino Solaguren, en *Escritos. Biografías. Documentos de la época*, BAC, Madrid, 4ª ed. 1991, pp. 49-50.

gros, y se le ha prohibido hacerlos durante largos periodos. Ha sido taur y ahora se le permite jugar a los dados, pero sólo en algunas discretas y singulares esquinas. Resulta ser cada vez más feminista y, ultimamente, parece que es mujer<sup>29</sup>. Sería difícil encontrar un *curriculum* más completo.

En la tradición católica, y en la mayoría de las confesiones cristianas, se enseña que fue artesano, *faber* (latín) *hó tékton* (griego)<sup>30</sup>, que murió crucificado y que resucitó al tercer día<sup>31</sup>.

En las religiones e iglesias con más siglos de historia, son más abundantes y perceptibles las vicisitudes enumeradas, el choque entre lo razonable y lo misterioso, entre unas actitudes más racionales y otras un poco menos. Pero en esas iglesias, como en la Cruz Roja y en Amnistía Internacional, parecen ganar la batalla con más frecuencias los ilustrados, es decir, los partidarios de que los beneficios divinos, como los humanos, se distribuyan no con locura (*mortá*), sino conforme a derecho, o sea según una ordenación de la razón beneficiosa para el bien común<sup>32</sup>.

Sin exponer de un modo científico e inequívoco, por el momento, su punto de vista sobre la mecánica clásica, el sujeto trascendental y la historia universal del género humano, Dios parece aceptar que, en cualquier caso, a los hombres todo les es dado a través de mediaciones fácticas. En los países civilizados, parece aceptar la constitución vigente y, lo que es más importante, se atiene a la ley de procedimiento administrativo a efectos de empadronamiento, petición de asilo y reconocimientos civiles en tiempo y forma.

---

<sup>29</sup> Para una revisión bibliográfica del tema, cfr. Tracy L. Luff, *Wicce: Adding A Spiritual Dimension to Feminism*, en «Berkeley Journal of Sociology», vol. 35, 1990, pp. 91-105. Cfr. Kari Elisabeth Borrensen, *Immagine di Dio e modelli di genere nella tradizione cristiana*, en AA.VV. *Maschio-femmina: dall'uguaglianza alla reciprocità*, Ed. Paoline, Milano, 1990.

<sup>30</sup> J.M. Bover y José O'Callaghan, *Nuevo Testamento Trilingüe*, ed. cit., Mc., 6,3, p. 208.

<sup>31</sup> Cfr. *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, 2º grado, Conferencia Episcopal Española, Comisión Episcopal de Enseñanza, decimoquinta edición, Madrid, 1981, núms. 71-78, pp. 20-22.

<sup>32</sup> Es la definición de *ley* que formula Cicerón en *Sobre la República*, ed. cit. p. 137, que posteriormente recoge y glosa Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I-II, qq. 90 y 91 (BAC, Madrid, 1985, pp. 586-598) y que se mantiene vigente en la tradición cristiana.

En los países menos civilizados y en territorios donde impera el analfabetismo, parece atenerse a procedimientos que para el hombre blanco resultan más extraños y a veces incomprensibles.